



## Un caso práctico: primer borrador

### EL LADRÓN

Padilla estaba convencido de que el hombre tenía una infinita capacidad para soportar todo clase de desgracias. De hecho él era un buen ejemplo. Feo, abandonado por la única mujer que con interés amoroso se le había acercado en su vida y malviviendo en un cuarto de pensión que olía a legumbres y a esmalte de uñas, Padilla dedicaba sus días a buscar algo de acomodo, y a luchar por la vida con una fuerza más bien escasa pero que lograba regenerarse en cada amanecer. Se sabía avanzando por la cuerda floja pero, eso sí, con la barbilla en alto, para evitar el influjo del abismo que le tentaba sin cesar.

Además de escribir interminables notas para un libro con el que pretendía acometer el tema del plagio como salida a escritores que con los años habían perdido la capacidad de fabular, Padilla pasaba sus horas dedicado a la limpieza, a despojar concienzudamente la alfombra o la tapicería de restos de fibra a los que era muy alérgico.

Estaba convencido, también, de que no iba a ganar la partida ajedrez, un interminable reto con un vecino de cuarto que aprovechaba cualquier descuido para robarle las naranjas o algún bote de melocotón. El destino, en fin, le había dado la espalda, y era cosa de seguir aguantando el envite de la mala suerte.

Aquella tarde se encaminó hacia una céntrica cafetería para dar la clase a un alumno del que cada vez estaba más harto. Cinco años atrás, cuando aún eran tiempos de cierto esplendor, un individuo indeciso y amarillento se había presentado en su casa para pedirle que le ayudara a escribir una carta. Padilla no vio ningún problema en ello, y menos cuando el hombre estaba dispuesto a pagarle lo que fuera. Quedaron en verse cada quince días durante los cuales

el alumno trabajaba la sintaxis, las conjugaciones verbales y las normas de cortesía epistolar.

Cinco años después redactaba mejor que su maestro pero había olvidado por completo a quien y aquello que quería contar. Así que seguían con sus clases, buscando en los entresijos de su alma sentimientos o sucesos dignos de ser narrados, y reconstruían recuerdos con la intención de identificar a la persona que le había llevado a emprender semejante empresa.

Pero hacía más de dos años que el tipo no le pagaba y Padilla no entendía muy bien por qué seguían viéndose.

Dio su clase entregado a fondo a la lección y cuando el alumno se fue, Padilla se sintió más tímido que nunca. No solo porque una tarde más el hijoputa conseguía escaquearse de pagar los cafés con la dichosa frasecilla de «Hoy te toca pagar a ti ¿verdad?, sino porque comprobaba su propia falta de límites, que su paciencia era enfermiza y su soplalpollez infinita.

Moviendo la cabeza como si se dijera no escarmientas, Padilla, no escarmientas, se acercó al mostrador para pagar la consumición. Mientras esperaba ser atendido vio que en el suelo, medio enterrado entre servilletas arrugadas y cáscaras de cacahuetes, había un monedero de señora.

Sin una sola duda se agachó para cogerlo y entregárselo al camarero. Seguramente la dueña no tardaría en darse cuenta del extravío y volvería a buscarlo.

Lo acababa de coger cuando oyó gritar desde la puerta del bar: ¡Ladrón! ¡Al ladrón que me ha robado el monedero!

Padilla supo que también esto iba a aguantarlo. Y que todos le miraran. Y los insultos y los empujones de una mujerona que le agredía con unas inmensas tetas embutidas en un suéter negro. Y el calambre que le producía tener el brazo en alto con el monedero como si estuviera mostrando a todo el mundo el objeto de su delito.

Se sintió rodeado por gente que le aturdía con sus voces. El camarero desde detrás de la barra le preguntaba con malos modos si el monedero era suyo. Y, claro, Padilla que seguía con la mano en alto, respondió que no.

Y supo que también podría soportar la presión de las miradas y la sonrisa del camarero y los gritos de la dueña pidiendo que llamaran a la policía y diciendo que seguramente el muy cabrón la había seguido desde el despacho del notario porque resulta que precisamente acabada de cobrar un cheque al portador de tres mil euros.

Y fue entonces cuando creyó ver una baliza que le impedía la marcha, una sombra que era más grande que él. Las piernas le invitaban a desplomarse mientras unas lágrimas extrañadas empezaron a rodarle por sus mejillas. La gente que le rodeaba se había girado hacia la mujer para seguir mejor las explicaciones, para enterarse de cómo ella había sospechado que la venía siguiendo.

Padilla notaba ahora una presión en el pecho, el codo de alguien que le empujaba hacia atrás. Y fue reculando, cediendo a la fuerza que le repelía, los cuerpos que le expulsaban en su afán por oír de primera mano lo que la mujer no dejaba de relatar, sintiendo que la libertad le esperaba a su espalda, que la puerta se abría, que el destino, al fin, se apiadaba de su persona y le mostraba una calle algo mojada que le invitaba a correr.

No dejó de hacerlo hasta llegar a su casa y subió las escaleras con la respiración sobresaltada. El monedero latía en su mano como un segundo corazón.